

nes entre hombres que se abren sus corazones y se interrogan mutuamente sobre el teatro mismo de los acontecimientos, adelantan mas las cosas que notas diplomáticas cambiadas á bastante distancia durante muchos años de negociaciones. El papel no tiene corazon, la palabra sí, y el corazon entra por algo aun en la negociacion de los grandes intereses de los imperios.

IX.

Cuando el ministro de negocios estrangeros adquirió la certeza de las favorables disposiciones de los gobiernos, procedió á nombrar los embajadores y ministros que debian representar á la república cerca de ellos. Mr. de Harcourt, antiguo par de Francia, hombre de una dignidad personal igual á su gran nombre, fué nombrado embajador en Roma. Esta eleccion, aunque muy liberal, no tenia nada de revolucionaria, y anunciaba á la vieja aristocracia francesa, á los hombres religiosos de Francia y al soberano pontífice, que la república queria tratar al gefe espiritual del catolicismo con el respeto debido al representante de una gran parte de las conciencias. Por su parte, el papa aseguraba, por el órgano de su ministro en Paris, que él no distinguia de gobierno, y que sus palabras eran bendiciones y no anatemas contra la república. El gobierno frances respondió con franqueza á estas insinuaciones, y declarándole que la tendencia de la república era la separacion mas ó menos próxima de lo temporal y de lo espiritual, así como la no intervencion del estado en la administracion y en el pa-

go de los cultos, le garantizaba al mismo tiempo que la república, eminentemente religiosa por inspiracion, no haria esta tan trascendental y necesaria trasformacion sino despues de haber provisto á la existencia de los ministros de los cultos y al servicio de las iglesias y de las conciencias, organizando la libre asociacion de los fieles para sus necesidades religiosas. Este cambio de la dotacion del estado en asignacion libre de los asociados para su culto, no se ejecutaria sino por medio de la estincion de los ministros de las diferentes comuniones. Con esta medida la fé debia ganar en pureza, las creencias individuales en libertad, la dotacion de las conciencias en grandeza y en respeto. Esta era la llave de la revolucion, porque la emancipacion regular de los cultos es la libertad de Dios en las almas.

Roma y los hombres eminentes del clero no parecian asustados de estas declaraciones y de la tendencia filosófica de la nueva república; antes bien, veian en ella la salvacion, la dignidad y un aumento de fuerza propia en el imperio del sentimiento religioso sobre los corazones.

El ministro de negocios estrangeros habló en el mismo sentido al arzobispo de Paris, hombre verdaderamente piadoso y capaz de comprender mas altos destinos para su iglesia que una solidaridad con los gobiernos, tan pronto tiránica como servil.

X.

El general Aupick fué nombrado para la embajada de Constantinopla. Habia estado mucho

tiempo al lado de los príncipes, pero los miembros del gobierno, y aun el mismo ministro de lo interior, le designaron con confianza para representar á la república en uno de los puntos estereos de mas importancia, porque se sabia que antes que nada era fiel á la patria. Una alta capacidad militar y un espíritu reflexivo y seguro indicaban al general Aupick para un puesto en que las diplomacias del mundo podian chocar entre sí. No se consideró, pues, mas que su aptitud, pues se estaba seguro de su conciencia.

Para Lóndres no se nombró en un principio mas que un simple encargado de negocios, á fin de evitar con la ausencia de otro agente de órden mas elevado, todo motivo de roce entre dos gobiernos que tenian la íntima voluntad de conciliarse para conservar la paz del mundo, y á quienes cualquier incidente habria podido agriar y dividir. Mas adelante Lamartine envió allí á Mr. de Tallenay, ministro en Hamburgo, antiguo diplomático, conocedor de la Inglaterra, de un carácter franco, conciliador, fácil, propio para las conferencias estra-oficiales y para preparar modestamente las negociaciones oficiales cuando el reconocimiento de la república le permitiese hacer uso de sus poderes.

Pero las conferencias diarias del embajador de Inglaterra, lord Normanby, con el ministro de negocios estrangeros y sus cordiales relaciones, hacian inútil un embajador frances en Lóndres. Lord Palmerston y el gabinete inglés parecian haber comprendido con su gran sagacidad el carácter pacífico, moderado y civilizador de la república, dirigido en el exterior con un

espíritu benévolo de respeto é inviolabilidad á las diversas instituciones de los pueblos. Una actitud contraria por parte del gobierno inglés habria reanimado las antipatías contra la Gran-Bretaña, que Lamartine, como Mirabeau, Lafayette y Talleyrand, queria amortiguar y extinguir en Francia. La Inglaterra, aceptando la fraternidad ofrecida dignamente por la república, merecia bien de la humanidad. El ministerio de lord Palmerston recogerá el fruto de su conducta en la historia. El ministro de la república, sabia que no era posible ninguna coalicion formal en el continente sin el concurso y los auxilios de la Inglaterra, y por tanto queria evitar á toda costa el dar un pretexto á la aristocracia inglesa para empeñar al gabinete inglés á una cruzada contra la república; ganar tiempo era, pues, para él, ganar sangre y fuerzas para la Francia. Si mas adelante debian suscitarse causas de disensiones y de guerras, queria que ellas hallasen á la Francia en su derecho y á la república dispuesta para la guerra. Entonces no lo estaba, y una coalicion, sorprendiéndola, la habria hundido.

Este fué uno de los motivos porqué el ministro de la república resistió con inflexible energia la idea de trastornar la Bélgica por las temeridades desleales que paso á paso se intentaban sobre sus fronteras, y que habia reprimido. Rechazando todo contacto con los republicanos belgas, llegados á Paris para concertarse con los republicanos franceses de la antigua escuela, habia enviado á Bruselas muchos agentes confidentiales con órden de observar el verdadero estado de la opinion, y de apagar en vez de fo-

mentar la hoguera demagógica en esta capital. El principal de estos agentes, hombre de ardor y de energía, pero que no conocia bien la situación de la Europa, inspiró algunos recelos en Bruselas. El ministro de negocios estrangeros le llamó al instante á Francia, y envió en su lugar un hombre experimentado y de calma, Mr. Belloq, antiguo diplomático ejercitado en el manejo de negocios delicados.

El inconveniente aparente para la república francesa de tener en Bruselas un rey unido por los lazos de la sangre á la dinastía desterrada de Francia, no lo era en rigor, ni mas que una susceptibilidad indigna de la república. La sublevación de la Bélgica y su agregación á la Francia en semejantes momentos hubiera sido una declaración de guerra prematura é impolítica á la Inglaterra, que haciendo caer al ministerio liberal de Lóndres, lanzaria á ésta en una coalición. La Francia no hubiera sido mas ni menos fuerte con el apoyo de la Bélgica para su causa, y el respeto á esta nacionalidad valia á la república el quietismo de la Inglaterra, el silencio de la Alemania, la consideración del mundo.

El ministro seguia cuidadosamente las tramas que se urdian en Paris para unir prematuramente estas dos causas. Sus conferencias con el príncipe Ligne, en las cuales le manifestó sus sentimientos de lealtad y de prudencia, así como la confianza que le mostró este digno embajador del rey de los belgas, contribuyeron poderosamente á prevenir intentos de propaganda perjudiciales á ambos pueblos, á la paz europea y á la república misma.

Para enviado en Holanda Lamartine nombró á Mr. de Lurde, que conocia la diplomacia del Norte y las dobles influencias que desde San Petersburgo y Lóndres se disputaban la córte del Haya.

A Berna envió á Mr. de Thiard, de nombre aristocrático, de gran talento, de ojo ejercitado, y adicto desde el fin de la emigración y desde la caída del imperio á la oposición liberal. Los veteranos de este partido en *El Nacional* consideraban una embajada ofrecida á Mr. Thiard como una garantía dada á sus opiniones. El ministro de negocios estrangeros lo creia muy á propósito para practicar la diplomacia republicana, pero anti-demagógica, que queria hacer prevalecer, y le recomendó las mayores consideraciones con la Suiza, cuya cordialidad, preliminar de las alianzas, queria conquistar. No se atrajo, sin embargo, tanta como deseaba el ministro, ya porque el embajador no diese á conocer bastante esta inclinación de la Francia á la Suiza, ya porque ésta temiese comprometerse con una república que contaba tan pocos días de existencia. Fué esto una desgracia para ambos pueblos, y sobre todo para la Italia. Un sistema de alianza pacífica iba unido á este pensamiento. Ese sistema fué aplazado por la frialdad de la Suiza, comprometido por las batallas del Goito y de Novara. La misma naturaleza de las cosas lo hará renacer bajo gobiernos mas inteligentes, y que lo comprendan mejor. La Suiza se arrepentirá de sus vacilaciones y de sus lentitudes.

Mr. Bixio fué enviado á Turin en calidad de encargado de negocios, pues la incertidumbre de

las relaciones entre esta córte, hasta entonces sacerdotal y absolutista, con la república francesa, no permitia enviar allí un embajador ó un ministro.

Mr. Bixio elevó su encargo á la altura de su inteligencia y de su patriotismo, y, aunque nuevo en los negocios, mostró que se nace diplomático. Su mision era delicada, precisamente porque era leal. Debía inspirar á la córte de Turin disposiciones favorables á la Francia, sin impulsarla ni por un gesto, á una guerra contra el Austria, guerra á que no dejaria de arrastrarla demasiado temerariamente su impaciente ambicion, al mismo tiempo que dar confianza y autoridad al partido constitucional y liberal de Italia, sin halagar ni escitar al partido republicano, partido prematuro y ruinoso para la emancipacion de Italia.

Los azares y la contradictoria fortuna del Piemonte y de la Lombardia, sujetaron á pruebas difíciles el tacto de este jóven diplomático, quien no cometió una sola falta en una situacion en que los negociadores mas consumados las habrian cometido. La Francia no tiene que acusarse del derramamiento de una sola gota de sangre de la Italia por la conducta de su diplomacia en el Piemonte ni en la Lombardia. La Italia no recibió ni siquiera un consejo porque pudiese reconvenir legítimamente á la Francia. Mr. Bixio, de origen italiano, frances de corazon, manifestó en su actitud el sentimiento y la conveniencia de sus dos patrias. El ministro iba á ascenderle á funciones mas importantes, cuando se abrió la asamblea nacional. Mr. Bixio, elegido representante, queria asistir á ella, y por

ella se sacrificó en las jornadas de Junio como soldado de vanguardia, derramando profusamente su sangre por la república. Nombrado ministro despues de la eleccion del presidente, se retiró del ministerio algunos dias despues por una susceptibilidad mal entendida. Su disposicion para la diplomacia era evidente, y debe ser llamado de nuevo á esta carrera.

Mr. de Boissy habia sido nombrado ministro en Florencia. Como antiguo diplomático, conocia la Toscana. Su muger, natural de Rávena, era célebre por su belleza, su entusiasmo y su patriotismo. Su solo nombre bastaba para negociar con el alto liberalismo de la Italia central, porque tenia relaciones de amistad literaria con todos los patriotas ilustres de los Estados romanos, de Pisa, de Venecia y de Florencia. Mr. de Boissy, hombre audaz y estremado, se habia adherido con resolucion á la república, y mostrándose en Paris tan animoso para defenderla contra la demagogia, como á propósito era por su existencia espléndida y por la aristocracia de su nombre para servirla en el exterior. No partió, sin embargo, para su puesto, deseoso mas bien de entrar en la asamblea nacional y de ocupar la tribuna, que de figurar en una córte. Fué, por lo tanto, reemplazado cerca del gran duque de Toscana por Mr. Benoit Champy, aliado de Lamennais y patrocinado por este nombre ilustre y popular. Esta eleccion fué muy acertada. El hombre fué digno del príncipe ilustrado y liberal que hacia de la Toscana una república, ó mas bien una familia, por las tradiciones libres y suaves de su gobierno. Mr. Benoit Champy hizo amar la república al príncipe mismo á quien

su influencia debía arrojar algunos dias despues de sus Estados. Si los consejos de aquel se hubieran seguido mas enérgicamente, ellos habrian preservado á la Toscana de tan deplorable acontecimiento y de la reaccion contra la Italia central.

XI.

Madrid era una de las córtes en que se hacia mas difícil apropiiar un enviado de la Francia á la situacion de España. El general Narvaez, hombre muy superior á la fama militar que tiene fuera de su pais, era para la España una especie de Richelieu, militar omnipotente en segunda linea. En una córte dividida y sumérgida en los placeres, Narvaez habia estudiado en un principio, con una sombría y silenciosa ansiedad, el carácter y la revolucion francesa. Juzgando, pues, á la Francia por la España, habia debido creer que la guerra civil tendria en ella gefes entre los principes y generales de la casa de Orleans; y en la prevision de estos acontecimientos, en que la España habria tenido que representar su papel por consecuencia de sus relaciones de familia con la dinastia de Julio, se habia explicado con una ambigüedad alarmante y concentrado tropas en los Pirineos. Pero el manifiesto del gobierno provisional, y las esplicaciones de su ministro con el encargo de negocios de España en Paris, cambiaron las disposiciones de Narvaez. Las intrigas de la Francia y de la Inglaterra en Madrid agitaban á la España é inquietaban continuamente al general sobre la duracion de

su autoridad. Lamartine, retirando la mano de la Francia de estas intrigas, y dejando á la España su independencia interior, tranquilizaba al gobierno de este pais, y no dejaba á Narvaez otra influencia contraria que la de la Inglaterra. El resultado de semejante politica fué el que debia ser: la Francia no causó mas recelos, y fué tanto mas solicitada, cuanto menos se imponia.

Entre tanto, para continuar este sistema no se necesitaba en Madrid un republicano muy ardiente que hubiera podido causar recelos á la constitucion y agitado el republicanismo impotente de Cataluña, ni un apellido militar que hubiera reanimado los recuerdos de la guerra de la independencia, ni un diplomático de Julio, poco celoso por la república, que hubiera podido adormecerse en su adhesion reciente á la casa de Orleans, y cerrar los ojos á las tentativas de restauracion dinástica en Francia, tramadas quizá en el palacio de Madrid ó en el de Sevilla, que iba á habitar el duque de Montpensier. El ministro de negocios estrangeros halló en Mr. de Lesseps, cónsul general de Francia en Barcelona, un hombre acostumbrado al carácter español, agradable á Narvaez, que se ceñiria estrictamente á sus instrucciones, y le nombró embajador en Madrid. Con este nombramiento se disiparon las desconfianzas y desaparecieron las repugnancias mútuas ante el interes bien entendido de ambos pueblos. Jamas la Francia y la España se hallaron en una situacion mas conforme á su naturaleza, que aproxima á ambos paises cuando una falsa política no los separa. El general

Narvaez comprendió perfectamente las intenciones de la Francia; las simpatías de ambos pueblos pudieron desarrollarse libremente, y el gobierno provisional evitó al país la reunión del ejército de los Pirineos, mejor guardados por la seguridad de las relaciones y por la lealtad recíproca, que por la fuerza.

XII.

El estado de la Italia no se descubría aún. El ministro de la república lo presentía, y la situación que iba á resultar de él para la Francia no permitía establecer negociaciones íntimas con el Austria.

Mr. de Metternich reinaba aun en Viena, sin presumir el volcan que tenía á sus pies. El espíritu de este ministro no había envejecido, pero sí debilitándose su carácter por la larga prosperidad del imperio: creía en la eternidad de la aristocracia germánica, y se fiaba en su génio protector: grande, sereno, fácil, dichoso, hacia algunos años que dejaba á su fortuna que lo hiciese todo. Esta larga fortuna era una red en que debía verse envuelto. El instinto de Lamartine lo había comprendido así. Un viento destructor combatía hacia algunos años al gabinete de Viena. La Hungría, la Galitzia, la Polonia, la Bohemia, la Lombardia y Venecia, todas estas partes del imperio, mal cimentadas con el imperio mismo, tendían al parecer á una disolución. La Francia, que no quería forzar nada por este lado, quería aceptarlo todo de la fortuna.

Los primeros choques de la república france-

sa con el continente empezarian por la Italia ó por la Suiza. La guerra en principio, aunque no declarada, existía sí entre Viena y Paris, ó mas bien no era la guerra ni la paz, sino una actitud mista que participaba de ambas cosas. El gobierno no trató de disimular esta situación, pues no quería ni engañar á Mr. de Metternich con subterfugios de mala fé, ni engañarse á sí mismo. Declaró, pues, francamente las disposiciones de la república á Mr. de Apponi, embajador de Austria en Paris. Leal y caballeresco, se contentó con dejar en Viena un encargado de negocios, amado de la vieja Alemania y de la córte para escuchar y observar sin obrar. Obrar hubiera sido engañar, y la diplomacia de la república no quería engañar á nadie, ni aun á su enemigo natural, el Austria.

Menos feliz fué la elección hecha en Nápoles bajo la fé del partido de *el Nacional*, cuyas capacidades y ambiciones deseaba emplear y satisfacer. El secretario de legación que el gobierno nombró cerca de esta córte, y al que dió instrucciones conforme á su pensamiento sobre una confederación de la Italia, pensamientos que no escluíá á los tronos, se desvió enteramente de la línea de conducta que le había trazado el ministro de la república, y tomando al parecer por guía, ya al partido de la propaganda radical de Paris, ya á los partidos extremos de Nápoles, observó en el lenguaje y la actitud de los antiguos enviados de la convención, cuya misión era violentar á los reyes y fanatizar á los pueblos. El almirante Baudin, que mandaba la flota en Nápoles, comprendió mejor lo que exigía la dignidad de la república, y reprimió

en cuanto de él dependía el excesivo celo del encargado de negocios. Este fué llamado á Francia, y se envió en su lugar un hombre de calma y de sagacidad, Mr. Bois-le-Comte. Había sido colaborador de Mr. Bucher en el inmenso trabajo histórico sobre nuestra primera revolución, llevando el peso de los detalles y practicado el sentido verdadero de la nueva diplomacia republicana en el gabinete del ministro desde el 24 de Febrero. Despues fué enviado de la república en Turin.

Lamartine deseaba que la república conferenciase con el gabinete de San Petersburgo, convencido como estaba de que no había entre ambas potencias otra incompatibilidad que el estado de la Polonia. Solo por este punto podían chocar, no por un interes territorial, sino por una antipatia moral. En Europa, la ejecucion primera de los tratados de Viena, la restitucion al reino de Polonia por el emperador de Rusia de sus instituciones propias y liberales, podían permitir á ambas politicas reconciliarse con honra y seguridad mútuas. Pero para ello se necesitaba tiempo y reflexion, y Lamartine no quiso aventurar sus pensamientos y la dignidad de la república enviando agentes que esponia á ser recibidos con frialdad; solo dejó, pues, en San Petersburgo un simple secretario de embajada, nombrado por el ministro de la monarquia, sin ninguna mision política. En el ministro del emperador en Paris tenia un intérprete oficioso, hábil, benévolo, de los pensamientos de su señor y de la Francia. Las relaciones frias y poco frecuentes no tuvieron jamas un acento de acritud. No se choca desde tan lejos, á menos de

no querer chocar por antipatia y por sistema. El emperador era demasiado justo, y la república demasiado sábia para no mirarse con sangre fria.

Pero el puesto á que el ministro daba mas importancia era Berlin. Este gabinete era, como en 1791, la balanza del equilibrio continental. La Rusia, la Inglaterra, la Alemania del Norte, se encontraban y se disputaban allí el favor decisivo de una monarquia militar poderosa, y del espíritu público preponderante en el gabinete de un rey filósofo, aventurero, activo, ansioso de tomar la iniciativa, intrépido en las novedades, capaz de comprenderlo, de arriesgarlo, de intentarlo todo. El nudo de la paz y de la guerra europea, de la emancipacion y de la reconstitucion de la Alemania, de la regeneracion pacífica y parcial de la Polonia, era Berlin. La primera palabra que dijese el rey de Prusia acerca de la república francesa seria forzosamente la palabra del continente entero; nadie se atreveria á decir *guerra* cuando hubiese dicho *paz*. Es fácil, pues, de concebir el interes de Lamartine, que queria la paz, en que esta palabra fuese puesta en los lábios del rey de Prusia por el génio de la humanidad y por disposiciones favorables á la revolucion de Paris.

XIII.

Lamartine buscó, pues, y halló al instante cerca de sí al hombre á propósito para personificar primero confidencialmente, y despues oficialmente, en Berlin, la tendencia filosófica, la ciencia germánica y las perspectivas diplomáticas de la nueva revolucion francesa, presenta-

das á aquella córte por un talento casi universal.

Este hombre, poco conocido hasta entonces fuera de la sociedad aristocrática, literaria y científica, se llamaba Mr. de Circourt. Habia servido en la diplomacia en tiempo de la restauracion, y la revolucion de Julio lo habia vuelto al aislamiento, empenándole en una oposicion mas bien legitimista que democrática. Durante los años que siguieron á aquella, se entregó á estudios, para los cuales apenas habrian bastado muchas vidas de hombres, y que sin embargo no eran mas que distracciones de la suya. Lenguas, razas, geografia, historia, filosofia, viages, constituciones, religiones de los pueblos desde la infancia del mundo hasta nuestros dias, desde el Thibet hasta los Alpes, todo, todo lo habia reflexionado y aprendido. Podia interrogársele sobre la universalidad de los hechos ó de las ideas de que se compone el mundo, sin que tuviese necesidad para responder de consultar otros libros que su memoria. La estension y la profundidad de sus nociones era tal, que jamas se le encontraban fondo ni limites. Mapamundi, vivo de todos los conocimientos humanos, hombre en quien todo era cabeza, y cuya cabeza estaba á la altura de todas las verdades, imparcial ademas, Mr. de Circourt permanecia indiferente entre los sistemas, como un ser que no fuese mas que inteligencia y que no participase de la naturaleza humana mas que por la mirada y por la curiosidad.

Mr. de Circourt habia casado con una jóvena de raza aristocrática y de un talento europeo; por quien se habia atraído todo lo que habia de eminente en las letras y en las córtes de

Alemania. El mismo habia residido en Berlin, donde se relacionó con los hombres de Estado, y el rey de Prusia, literato y liberal, le habia honrado admitiéndole con alguna intimidad en su córte. Sin ser republicano Mr. de Circourt, estaba bastante penetrado de los grandes horizontes que una república francesa, obra del génio progresivo y pacifico de la Francia nueva, podia abrir al espíritu humano, para saludarla y servirla con celo. Comprendia ademas, como Lamartine, que la paz era necesaria á la libertad, y que la paz estaba en Berlin y en Lóndres.

Lamartine le dió por escrito sus instrucciones confidenciales para comunicar reservadamente lo conveniente al rey de Prusia y á sus ministros. En el fondo, estas instrucciones no eran otra cosa que la filosofia de la paz comun á todas las almas ilustradas con el rayo divino, filosofia que habia llegado á ser política por la concordancia de ideas entre el corazon de un rey y el espíritu de un ministro de una gran democracia naciente. Mr. de Circourt era capaz de comentar las instrucciones, y de acomodarlas al génio de una córte y á las eventualidades de la Alemania. La alianza tácita, al menos entre la Alemania y la Francia; la inviolabilidad del territorio; la tendencia á la unidad moral de la Alemania, que descentralizaria los pequeños Estados de la influencia esclusiva del Austria; el arbitraje poderoso de la Prusia entre la independencia germánica y la presion de la Rusia; la restitucion de una parte moral de la nacionalidad constitucional á las desmembraciones aun latentes de la Polonia, formaban los testos apenas indicados de dichas instrucciones.

Mr. de Circourt partió, y durante su estancia en Berlin, sostuvo con el ministro de negocios extranjeros una correspondencia íntima, que formaría un volúmen sobre el Estado del Norte. No se engañó en ninguna de sus previsiones, é inclinó el ánimo del rey de Prusia á todas las ideas de conciliacion y de equilibrio que estaban en el interes verdadero de ambos Estados. Cuando estalló la revolucion de Berlin, la república francesa no tenia necesidad de ella para ver triunfar allí la causa de la paz y de la humanidad que Mr. de Circourt habia ido á defender. Lamartine y su enviado en Prusia se aflicieron mas que se alegraron de una revolucion que, impulsando al rey mas allá de sus intenciones, le haria quizá mas tarde retroceder hasta echarse en los brazos de la Rusia.

FIN DEL LIBRO XI.



LIBRO DUODECIMO.

I.

MIENTRAS que estas negociaciones secretas, pero leales, preparaban é iluminaban en el exterior el terreno europeo en que la república quería establecerse sin trastorno de las demas nacionalidades; mientras que su diplomacia tenia en suspenso al mundo y daba así á la nacion tiempo de constituirse y de armarse para la defensa, Paris continuaba viviendo de entusiasmo y respirando las esperanzas casi unánimes de su revolucion. La república no tenia enemigos, sino apenas algunos incrédulos, y los que en los primeros momentos habian temblado á su nombre, se admiraban de su magnanimidad, de su calma, de su armonia. Los primeros pro-